

VISITA AL MUSEO DEL EJÉRCITO: El Real Felipe

Por : Jacinto Ramírez Sánchez

Correo electrónico: jacintoramirez@hotmail.com

Licenciado en Geografía e Historia.

Marzo de 2001.

Resumen:

En este artículo se relata la primera visita a un conjunto de visitas que se realizarán a los más importantes museos del Perú, por nuestro "Caminante Museístico", con la finalidad de relatar la Cultura Peruana y cómo se presentan las exposiciones en los Museos del país.

Esta primera visita se realizó en el Museo del Ejército, El Real Felipe, en el Callao. Y descubre algunas de las virtudes y problemas que se presentan en la realidad de la Museología Peruana.

Durante un caluroso, soleado y hermoso Sábado de principios de marzo, un reducido grupo de amigos nos dirigimos al museo del ejército, sito en El Callao, lugar que fue y es puerto inmediato de la ciudad de los reyes: Lima. Esta situado en el castillo del Real Felipe.

El grupo lo conformaban especialistas en información, diseño informático, arquitectura, historia y sobra decirlo estábamos muy interesados en conocer este museo, inserto en una portentosa edificación de fines del S. XVIII. Además, uno de nosotros podría satisfacer su enorme afición por el

maquetismo observando armamentos pretéritos y recrearlos en miniatura .Un pasatiempo relajante tras sus duras jornadas de trabajo.

Ciertamente el espíritu era festivo y yo, como extranjero, vi potenciado aún más mi interés, gracias al estímulo de mis acompañantes limeños que cómo suele suceder en todo el orbe con frecuencia se conoce menos lo que más próximo se tiene.

He de decir que madrugamos con la sana intención de llegar temprano y disfrutar de la visita; además de todos los alrededores hasta la mismísima punta del Callao.



Aspecto parcial de la Planta

Llegamos “temprano”, sobre las nueve y media, pero se nos dijo que debíamos esperar a la llegada de los guías a las diez. Lo tomamos con optimismo y le dimos la vuelta a la fortificación. De este modo, andando, percibimos lo grandioso de esta fortificación. Su enormidad. Tomamos conciencia del enorme poderío estratégico que presentaba su ubicación en aquellos tiempos ya tan lejanos.

A las diez pudimos entrar abonando nuestras entradas haciéndonos pasar a una sala de donde parten los grupos de visitantes. Allí, con otros más, esperamos media hora. Tiempo que aproveché para leer las leyendas de la maqueta de la fortificación y todos los carteles que había; incluso las fotocopias que había de un texto original que narraba el más grande terremoto que se recuerda para Lima y el Callao. Mas que por su intensidad, no clasificable en la época, por el apocalíptico cuadro al que fueron reducidos ambos lugares.

Asimismo, pude leer que la fortificación fue la mayor de su género que construyó España en lo que fueron sus dominios de ultramar.

Después de tanto esperar llegó una nutrida representación de militares, probablemente en periodo de formación, que siguiendo las consignas del oficial al mando se mostraban ilusionados con rostros alborozados y deseosos de tomar amplias notas sobre su visita. Quizás alguna redacción de inspiración histórica como parte de su periodo de instrucción, propia del orgullo militar.

A poco de recibir las primeras indicaciones de la guía que nos correspondió a todos, partimos en numeroso grupo, unos cincuenta, en su mayoría militares, por una rampa hacia la parte superior del castillo.

Rápido. Tras la guía que se mostraba ágil, veloz, y concisa en sus explicaciones llegamos adonde vimos, desde arriba, un agrupamiento informe de piezas de artillería uniformemente negras por el inclemente Sol que requema constantemente la grasa protectora de estas piezas a la intemperie.

Si pobres nos resultaron las explicaciones de la guía, más pena nos dieron estas piezas de indudable valor museístico. En especial por estar tan lejos de donde fueron fabricadas. La mayoría europeas. Quién sabe si alguna no se conserva todavía en Europa. Es sabido que allí hubo muchísimas guerras, con frecuencia se fundían las piezas artilleras cuando se mostraban obsoletas, y a menudo, cuando escaseaban las materias primas.

Siguiendo a nuestra veloz y parca guía nos encaminamos hacia el Caballero, un castillo cuadrangular inscrito en la fortaleza. Tras una breve explicación de éste y de los otros dos, denominados torreones del Rey y de la Reina, nos dirigimos a los bajos del primero reseñado donde estuvo la Casa del gobernador del hoy conjunto de salas museísticas.

En el interior efectivamente había de todo desde colecciones de armas a representaciones escultóricas y vitrinas con materiales valiosos e interesantes. Lo cierto es que no pudimos satisfacer nuestro interés sino bajo mínimos. Había que correr tras la guía, tampoco le dijimos nada, ella mandaba. Tampoco preguntamos por cuestiones propias del museo, es decir históricas, técnicas, etc, etc. Con las preguntas no respondidas o desviadas por veloces y secas excusas al grupo de militares presentes nos bastó. No era cuestión de pretender incomodarla con preguntas sencillas de curiosos e interesados visitantes.

Luego de este lugar, tan prometedor como insatisfactorio, seguimos tras nuestra rauda y documentada guía, llegando a uno de sus cinco bastiones o "puntas" por así decirlo de esta magnífica obra de la ingeniería militar del siglo XVIII, encontrándonos con un cúmulo de carros de combate, más conocidos cómo "tanques", tan renegridos cómo las piezas artilleras e igualmente se nos contó menos sobre su historia y sus características. Todo ello en beneficio de

una reproducción próxima de la casa de Arica donde el coronel Bolognesi pronunció su épico discurso de irredencia hasta el último cartucho. Nos pareció una escenificación correcta con sus maniqués, la posición de los protagonistas, la maqueta de la casa y las fotos de época existentes. No obstante, el mal manejo que se dio al quizás anticuado equipamiento sonoro, que recrea las palabras del coronel y sus oficiales, dejó mucho que desear. Al acabar, salimos en correcto orden tras la guía haciendo una parada en la cantina del acuartelamiento, que todavía lo es en su parte central. No queríamos aunque si lo agradecieron, y mucho, nuestros acompañantes militares. Allí próximo estaba el torreón de la Reina informándonos que estaba siendo restaurado.

Cuando se consideró oportuno se nos guió al torreón del Rey. En el trayecto pasamos sobre unas dependencias que según la eficiente página web del Real Felipe están dedicadas al armamento contemporáneo. Referencia que se da acerca de aquel usado en los siglos XIX y XX. No solo no los vimos, ni siquiera se nos dio una indicación para que supiésemos de su existencia o un motivo por el cual no se pudiese visitar.



Al fondo el Torreón del Rey

Regresando al torreón del Rey se ha de manifestar que fue uno de los momentos cumbres de la visita. Pudimos admirar la complejidad de su estructura laberíntica y del uso que se dio a las diversas dependencias. Tan interesante fue este momento que nos quedaron deseos de ser mejor informados. Por lo menos con una representación de su planta a falta de los planos; que, según me comentaron luego, se hallan guardados en algún lugar de Lima. En todo caso, se trata de una construcción singular fruto de alguna

de las mentes tan extraordinariamente formadas que produjo el cuerpo de ingenieros militares, cuerpo o arma que atesoraba a buena parte de los más ilustrados y, con frecuencia, menos conocidos del siglo de las luces español o colonial. Esta sola edificación puede satisfacer a cualquier visitante.

De lo puramente museístico, aparte de no mostrarse o nombrarse algunas dependencias, a lo mal planteados los pocos expositores de armas en la casa del gobernador, a la autentica falta de explicación sobre tantos bustos que se ven en una de sus salas. No basta con el recuerdo escolar de los más conocidos como San Martín, Bolívar o Sucre. ¿Quiénes son todos los demás que los acompañan?. ¿Por qué están junto a los anteriores ?

No se permitió una visita tranquila. No se pudo leer algunos carteles y reseñas de interés y valor histórico que se intuyen muy interesantes, pero siempre había que seguir velozmente a nuestra guía.

En resumen, se echó de menos la posibilidad de observar con detenimiento lo expuesto con la atención al público de personal debidamente documentado capaz de atender a un tipo determinado de visitantes. Un público que puede estar mas o menos instruido, pero siempre imbuido de interés y cómo no de curiosidad. Además los museos son espacios con la función de apoyar la educación y la cultura.

SOBRE EL AUTOR

Jacinto Ramírez Sánchez, Licenciado en Geografía e Historia de la Universidad de La Laguna (Islas Canarias – ESPAÑA) mostrando especial interés en la Prehistoria y la Arqueología. Ha realizado trabajos bibliotecarios, participando en algunos eventos internacionales. Actualmente, hace de “Caminante Museístico” en la Revista BIBLIOS, aprovechando su residencia en el Perú.